

MAGDALENA



.
Y la impura pecadora se alza del suelo, da algunos pasos, penetra en el atrio, y llega hasta la estancia en que el corazón le dice está Jesús. Lo vé en efecto, oye que habla del cielo á sus discípulos, que les excita á la fe, á la esperanza y al amor.

Magdalena se acerca temblando, su labio no pronuncia una sola frase, sus ojos no se alzan del suelo, y cae á los piés del Hijo de Dios bañándolos con sus lágrimas y ungiéndolos con sus perfumes.

Y aquellas lágrimas estremecen el corazón de Jesús, y aquel dolor conmueve su alma; y lo que no hubiera logrado todo el oro de los emperadores romanos, lo consigue el llanto de aquella mujer arrepentida; lo consiguen los suspiros de un amor casto, infinito, que por primera vez inunda el alma ardiente de Magdalena. Y la palabra perdón llega al oído de la culpable pecadora, aun antes que la pronuncien los labios del Redentor; porque su corazón la adivina al través de su mirada.

Los compañeros de Jesús contemplan absortos aquella mujer, más hermosa en su aflicción y desaliño, que cuando cubierta de púrpura y pedrería atravesaba las calles de la ciudad, con el soberano aspecto de una Reina.

Sin embargo, nadie se atreve á interceder por ella, y Magdalena llora, con el rostro oculto en sus blancas manos.... Simon solamente, que ha visto mil veces á la hermosa pecadora correr delirante en pos del placer, llevando como enloquecido cortejo, la vanidad, el orgullo y el lujo, teme que el aliento de su boca manche el aire que respira el Hijo de Dios, teme que Jesús se escandalice de verla en su casa; y con ademán espontáneo se acerca á ella, para apartarla de aquel sitio,

acaso para arrojarla de allí. Mas Aquel que lee en los corazones, Aquel á quien nada se oculta, adivina la intención de su huésped, lo detiene con un movimiento dulce, y con acento suave como la misericordia y sereno como la paz:—Simon, exclama, fijando en aquel hombre la mirada inefable de sus divinos ojos; si tú fueses rico, tan rico, que todos los tesoros de la tierra estuviesen contenidos en tu sola diestra, y tuvieses dos deudores á quienes hubieses confiado diferentes sumas, dando al uno quinientos dineros y solo cincuenta al otro; di, cuál de ambos te debería más?

—Sin duda el primero, Señor; contesta Simon asombrado de aquella pregunta.

—Y si, por un exceso de generosidad, perdonaras su deuda á entrambos, ¿cuál de los dos, Simon, debería profesarte más amor y ternerte mayor gratitud?

—El primero también, puesto que recibe mayor beneficio, repite Simon.

—He aquí por qué esta mujer me ama con un amor, que tú ni aun comprender puedes! dice lentamente Jesús, fijando una mirada de misericordia en Magdalena. He aquí por qué sus lágrimas han mojado mis piés, que enjuga con el delicado velo de sus cabellos. Levanta, Magdalena, y vete en paz.

Vete en paz; porque tu alma, santificada por el dolor y el arrepentimiento, queda desde este instante más blanca que la nieve que corona las cimas del Hebron, más que las espumas del ancho mar de Tiberiades, y más que las estrellas que bordan, en noches serenas, el tranquilo cielo de Judea. No llores y vete en paz; tu fé te ha salvado; y de generación en generación pasará tu nombre unido al mio, siendo emblema del amor que redime, y del amor que purifica.—

Magdalena se levanta, y por primera vez se atreve á fijar sus grandes y rasgados ojos en el rostro del Salvador. En aquella mirada iba envuelta toda su alma; sus labios de rosa se movieron imperceptiblemente; pero al ir á pronunciar una palabra de reconocimiento y de amor, exhalaban solo un suspiro.... Echó hácia atrás sus destrenzados cabellos, que la envolvieron como un espléndido manto de encaje, cruzó las manos sobre el ya inocente pecho, y salió de la estancia, llevando un cielo de castas venturas y de santas esperanzas en el fondo de su alma.

